

.....  
5-9-2007  
.....

El aspersor me miraba fijamente, pero de reojo. Sí, se puede mirar así y él lo estaba haciendo. Casi podía adivinársele una boca de sonrisa cruel bajo el orificio por el cual expulsaría sus gusanos acuáticos. El césped, seco, esperaba su ración diaria de humedad, como un par de amigas que tengo cuando salen el fin de semana.

Sabía que el aparatito empezaría a expulsar agua a diestro y siniestro y «caroliestro», o sea, en mi dirección. Había demasiada gente en el paso de cebra, listos para entrar en la boca de metro de enfrente, y yo no podía apartarme sin parecer algo loca, dando pasitos a un lado como si huiera de un acosador invisible. Pero el aspersor amenazaba con acosarme a base de bien. ¿Prefería pasar por loca o acabar empapada? Tenía unos segundos para decidirme. Noté que una señora de unos cincuenta y tantos, bien vestida, aferrada a su bolso como solo puede hacerse pasados los 50, también miraba de reojo al aspersor, el cual llevaba silbando unos segundos, amenazando con imitar a todos sus compañeros de césped, que ya habían iniciado su canción maquinal, matinal. Otro chaval, con cascos a través de los cuales oíamos claramente la música que escucha-

ba —no tan dura como su aspecto podría hacer pensar—, al notar inquietud a su alrededor, empezó a mirar hacia ambos lados, buscando al carterista (presunto, siempre presunto) que provocaba movimientos leves e indecisos a su alrededor. Un hombre mayor, mayor a base de bien, que seguramente se dirigía a aquella hora tan temprana a recoger a algún nieto soñoliento que sus industriosos padres le encargaban de llevar a la guardería mientras ellos engullían un mal desayuno subterráneo, ese anciano, como decía, también notó el suspiro previo a la catástrofe del aspensor, pero como ciertas edades dan bula para comportarse como un loco, optó por irse murmurando, a saber qué, hacia la primera fila de gente dispuesta a cruzar el paso de cebra.

He preferido empezar así este diario porque me parecía una anécdota que describe a la perfección mi forma de estar en el mundo. Indecisa, insegura, inquieta. Cuando entré en la adolescencia pensaba que se me pasaría con el pavo, pero no. Tengo que dar gracias de que al menos los granos sí se fueron.

Así que hola, diario.

Unos amigos de la Facultad me han recomendado que, ahora que me he quedado en paro, empiece a escribir aquí para desahogarme y verter mis dudas, mis experiencias... Aunque experiencias pocas, porque mi situación actual se define rápidamente: acabo de terminar la carrera y sé de dónde venimos pero no tengo ni idea de hacia dónde vamos.

Estrictamente, estudié para luego poder trabajar en lo que me gusta. ¿En qué me gustaría trabajar? ¿No he estudiado por simple vocación? ¿No he estado cinco años con sus días y sus noches y fines de semana metida en una facultad con la esperanza de que me enseñasen a pensar? ¿No he aprendido a pensar? ¿Es que no sabía pensar por mí misma antes?

Este tipo de preguntas son las que me agotan a diario

.....

y las que fríen a mis amigos, de manera que me dieron la magnífica idea de contarlos todo en un diario para dejar de darles discursos.

Ayer me dieron la nota de mi último examen de la carrera: un notable. Ayer me despedí (despidieron/fin de contrato/beca/adiós/que te vaya bonito) del lugar en el que he estado trabajando en el último año con el disfraz de prácticas de periodismo.

Ayer, como diría un tonto solemne, empezó mi vida adulta, que no está mal para haber cumplido ya los 24. Teniendo en cuenta que a esa edad antes ya podías llevar diez años casada...

Ayer no sabía si llorar, reír o suplicar que me dejaran volver a la Universidad, aun a costa de soportar a la gran cantidad de pijos con el flequillo sobre la cara que están invadiéndola. Es preocupante. Vuelvo a dispersarme. Y mira que el último examen que suspendí fue precisamente por eso...

Fíjate, todas las circunstancias de una persona, todo lo que la define, apenas ocupa un par de líneas cuando una se pone a resumirlo.

Pero quizá en la anterior definición de mí misma he olvidado recalcar dos datos: soy periodista y estoy en paro. Ahora sí que ha quedado claro.

Con tanta hoja en blanco en mis manos (es un decir) debo confesar que siento un ligero pánico. Mi cabeza empieza a dar vueltas... ¿qué puedo escribir? ¿De qué voy a hablar? Entonces recuerdo que este diario no lo va a leer nadie, así que... ¡qué más da!

Lo que me pasa en realidad es que nunca he escrito un diario. ¡En serio! Reconozco que a los 12 años empecé a escribir uno, pero solo porque mi mejor amiga también lo hacía y en clase estaba de moda tener uno. El mío, en concreto, era uno de los miles que les regalan a las chicas en la comunión, con pastas ligeramente nacaradas (el nácar me da dentera), un ángel pintado con cierto relieve y un

.....

peinado *pijototal*, que sostenía (el ángel, no el peinado) un diario idéntico al mío entre sus manos con ademán de estar leyendo y con expresión de interés morboso. Se formaba así un triángulo *diarético* que, si lo piensas seriamente, tiene algo de *kafkiano*. Porque ¿qué hace un ángel leyendo mi diario? ¿Es algún tipo de vigilancia divina? O incluso si él tuviera uno distinto al mío, ¿qué puede escribir en un diario? ¿Tan interesante es la vida angelical?

Da igual, el caso es que aquel librito tenía, para más guasa, los filos de las hojas doradas con un «Mi querido Diario» grabado a modo de amenaza en la tapa. Pero claro, eran casi los años 90, así que eso lo justifica (casi) todo.

Vaya, he vuelto a perder el hilo.

El caso es que escribía aquel diario casi diariamente con mi caligrafía de antaño, que era redondita, rechoncha y apretando mucho el boli contra el papel, una forma de escritura que todos compartíamos en el colegio.

Imposible hablar de la caligrafía escolar sin recordar los puntos sobre las íes, que no eran tales sino círculos muy grandes. Un signo de madurez para algunos de mis compañeros consistía en cambiar el redondel por un puntito casi diminuto y mucho más *chic* cuando pasabas a sexto. Para este diario, sin embargo, utilizo la caligrafía que yo quiera, porque es un diario informático.

Podría escribir a mano, pero cada vez me cuesta más y mi caligrafía es malísima después de ocho horas diarias durante cinco años tomando notas como una histérica, inventando abreviaturas de palabras que nadie supondría que se pueden abreviar y descubriendo que me pueden salir bultitos en los dedos pese a tenerlos tan pequeños. Ahora que lo pienso, podría demandar a la Facultad por haberme arruinado una de mis posibles salidas profesionales, la de modelo de manos, porque me han quedado maltrechas e inútiles para cualquier cosa que no sea apretar teclas.

Retornemos, como los envases, al diario de mi preado-

.....

lescencia. Estaba encabezado, cómo no, con un «Querido diario y querida Patri». Patri, diminutivo de Patricia, claro está, era el nombre de mi mejor amiga del cole. Patricia, junto a Marta y Laura, era uno de los nombres más de moda en el colegio. En todas las clases había más de una, y en la mía había cuatro de cada nombre. Como es lógico, había que diferenciarlas, lo que en manos de niños/preadolescentes/adolescentes/monstruos podía transformarse en un peculiar método de tortura. Véase: las patricias eran Patricia Sánchez (mi amiguita), Patricia Cartero, Patricia Rebollo y Patricia Minerva. Llamarlas a todas «Patri» o «Patricia» era imposible, y optar por los apellidos demasiado aburrido. Por tanto, se optó por algo mucho mejor: estaba Patricia la flaca (Minerva), la gorda (Rebollo), la guapa (Cartero) y... Patricia Sánchez, que era una forma muy sibilina de llamarla fea sin decirselo. ¿Qué? ¿Era o no era cruel? Sí, Patricia Sánchez (desde ahora, Patri) era fea, pero mejor amiga que todas las altas, bajas, guapas y feas juntas. En el colegio estaba muy acomplejada, pero por fortuna aquello nunca la empujó a ver todas las películas estadounidenses de patitos feos y cosas de esas. Patricia se empeñó en no cambiar nada de su aspecto pero el crecimiento lo hizo por ella, aunque a día de hoy sigue siendo Patricia Sánchez para los monstruos y Patri para mí.

Ella también tenía un diario que encabezaba con mi nombre: «Querido diario, querida Carol».

He rescatado el diario del *cajón ese de porquería* (frase autoría de mi madre) y lo he abierto por una página al azar. Vamos a leer lo que decía:

«Hoy el día ha sido un rollo»

Es una forma muy impactante de comenzar, ¿qué pasa?

«Ha venido el profe de Mates, jo, cada día está mas bueno, tía, yo creo que me he puesto roja al verle. Otra vez».

Al menos dominaba las pausas dramáticas: «... Otra vez».

Además, según recuerdo, el tío estaba bueno, y por

.....

aquel entonces, ahora que lo pienso, es cuando empezamos a llamarnos unas a otras «tía». Gran palabra que ahorra muchos espacios en blanco en las conversaciones. Sigamos.

*«Mi casa es un asco, no consigo hablar más de dos frases seguidas con mis padres. Son un coñazo, Patri. En cuanto cumpla los 16 me voy de casa, aprovechando que ya puedo ir a discotecas y eso».*

Ajá. He aquí otro claro ejemplo de inteligencia adolescente, dos conceptos antónimos. Es que cuando a los 12 años te pones en plan trascendente, te sale una vena dramática y práctica a la vez digna del mejor culebrón venezolano.

Lo de llevarse mal con los padres, sinceramente... era la edad y mi imaginación, que veía conspiraciones universales en todos lados.

Sobre lo de independizarse a los 16, creo que era una mala idea. Mala, mala, mala. Tanto, que tengo 24 añitos y sigo viviendo bajo el techo hipotecado de papi y mami. Y lo que me queda. Todo un lujo, teniendo en cuenta que, por habitación propia y pensión completa (como vocifera mi madre cuando estoy dos días sin comer en casa) no pago más que con paciencia. Un tesoro, vamos. Me gustaría subrayar, además, la claridad de ideas que adornaba mi cabeza: *«en cuanto cumpla los 16 me voy de casa, aprovechando que ya puedo ir a discotecas y eso»*. Pero...

a) ¿Qué tiene que ver cumplir 16 años con irte de casa? ¿No es a los 18 cuando puedes hacerlo sin problemas? A día de hoy sigo sin tenerlo claro.

b) ¿Qué tiene que ver ir a discotecas con independizarse? ¡Pero si empecé a colarme con 13 añitos en las discotecas, pubs, disco-pubs y antros de babas y hormonas! Eso sí, todo el grupo formábamos una comitiva que iba detrás de la más tetona, quien siempre entraba la primera, por aquello de aprovechar el impacto visual inicial.

Sigo transcribiendo una de las páginas de mi primera obra maestra:

.....

*«Esta tarde he ido a comprar lo de mañana de clase y he visto de lejos a GI (¡qué guapo!), creo que él me ha visto pero se ha hecho el interesante. ¿O pasa de mí? Yo creo que no, porque en la última excursión se sentó justo detrás de mí en el autobús y eso seguro que es por algo. O eso dijiste tú. No sé, Patri, tía. Te dejo que he quedado contigo en 5 minutos.»*

Lo siento, no sé qué me pasaba por la cabeza en aquel entonces. Qué horror, qué sonrojo, qué desastre, chica. Ríete tú de los talentos precoces. Escribir este diario puede haber sido una mala idea, pero empezar a leer el otro... En fin, continuaré con mi auto-comentario de texto. En esta ocasión pasamos al tema estrella de la adolescencia: los chicos. Lo mejor es que sigue siendo el tema estrella de la juventud y en muchos casos de la madurez y, además, casi, casi con los mismos problemas de entonces, solo que ahora son algo más subidos de tono. A veces, porque te sorprendería saber cuánto papanata había en la Facultad de Periodismo.

El tal GI, que eran sus iniciales en clave, en la vida real se llamaba Pedro Gómez, pero había razones para no llamarle así ni tampoco PG:

- Los nombres importantes, CUALQUIERA SABE ESTO, van en clave, porque para eso son importantes. Que yo relatara todo sobre el individuo en cuestión de forma que cualquiera que le conociese supiera de quién hablaba era lo de menos. Había que darle un halo de misticismo que, claro está, no se conseguía llamándole simplemente Pedro.

- No había que descartar la posibilidad de que un día GI subiese a mi casa y se quedara solo el tiempo suficiente para encontrar, con una linterna y mala leche, el diario en cuestión, que estaba escondido entre el somier y el colchón. Después debía arrancarme sin que me diera cuenta una de las llaves del diario, que colgaba de una cinta a mi cuello, o debía saber que la otra estaba perfectamente camuflada al final del cajón de mis bragas. ¡La posibilidad existía, de verdad!

.....

- La última razón es que, lo reconozco, me daba mucho corte escribir el nombre de aquel chico. Ahora trabaja de no sé qué y gana mucha pasta, con una de esas novias perennes con las que parece llevar toda la vida, tiene cara de autosuficiencia y me mira con lástima cada vez que me cruzo con él. Tuve suerte que aquel día, en la excursión del bus, se sentara detrás y no a mi lado. ¡Quién sabe si ahora yo no sería su novia perenne! Bah, no nos engañemos, yo no le hubiera aguantado tanto tiempo.

Después de despacharme conmigo misma (es un saludable ejercicio, más de uno debería probarlo), espero que mi nueva experiencia *diarética* se me dé mejor, aunque ahora se me ha hecho algo tarde. La vida de desempleada es difícil, ¿eh? Aunque no lo parezca. Tengo que dejar de escribir porque he quedado con unos amigos para ir a tomar algo y luego... dormiré hasta las tantas. A todo hay que encontrarle algo bueno.

-Carol, hija, ¿por qué has echado a lavar toda la ropa que te has puesto esta mañana? ¡Además está empapada! ¿Se puede saber qué has hecho?

-Nada, mamá, el aspersor cumplió con su trabajo.

.....  
6-9-2007  
.....

Aquí estoy de nuevo.

Después de un verano de relax, en el que decidía qué hacer mientras buscaba amigos con casa cerca de la playa, hoy considero inaugurada mi vida como desempleada. He marcado como fecha un jueves porque, a lo largo de mi vida, cuando he comenzado algo con mucho ímpetu un lunes, automáticamente perdía todo el gas el martes. De este modo, al menos si me quedo sin energía al día siguiente, siempre será con la excusa de que era viernes,

por ejemplo, y de que volveré al trabajo duro el lunes. ¿A que es una idea estupenda?

Por eso, después de empezarte a ti, diario, hoy he iniciado mi búsqueda de empleo constante. Sé que no será fácil, sobre todo porque he pasado tres años «formándome» en grandes empresas como periodista con una beca que, de paso, les cubre un puesto que debería corresponder a una periodista licenciada, pero que en la práctica sale mucho más caro. No estoy en contra de la formación como becarios, ni mucho menos, pero todos sabemos que la línea entre *período de formación* y *abuso* es muy fina, y desgraciadamente en las grandes empresas se difumina demasiado. Pero hoy no voy a hablar de eso. Centrémonos en la búsqueda.

Cuando una tiene ante sí el amplio panorama comunicativo del país, dispuestos a empapelar sus despachos con los currículos que les van llegando, es difícil saber por dónde empezar. Como siempre me han criticado porque soy demasiado evidente y predecible, empecé por lo fácil: primera parada, las oficinas del INEM. Sé que si esto lo leyera cualquier periodista en activo pensaría: «¿Oficinas del INEM? ¿Para buscar trabajo como periodista?» Y después se reiría al imaginar que si yo fuera toda su competencia, tendría el trabajo asegurado de por vida. Y con razón. El motivo principal de tan inútil visita era tranquilizar a mi madre, que considera que quien no encuentra trabajo es porque no ha ido a tiempo al INEM o no ha sellado la tarjeta (forma elevada de llamar a un papel perforado con una gran tendencia a perderse o ser olvidado). Sí, aunque parezca mentira, en lo único en que ha insistido mi madre todo el verano ha sido en preguntarme si había ido ya al paro. Las diez primeras veces insistí en explicarle que era algo inútil y sin sentido, pero ante las razones absurdas que me dio en tantas otras respuestas, opté por hacerle caso y demostrar así que estaba en lo cierto. Algo que, por otra parte, tampoco reconocerá nunca, pero si lo contara ahora me desviaría (otra vez y otra y otra) del tema.

.....

Vamos a ello.

Esta mañana me he levantado a las nueve, porque hay que empezar a MADRUGAR desde el primer día, sobre todo después de un verano en el que lo más pronto que veía la luz del día era cuando volvía de juerga a las siete de la mañana. El resto de días, no me levantaba hasta bien entradas las once.

Después de desayunar, me he puesto mi traje-busca-empleo: zapatillas, vaqueros, camiseta y coleta. Ignorando el alarido materno al verme desfilas con lo que ella llama «con-esas-pintas-no-sé-quién-te-va-a-dar-trabajo» y despachándome con un «habló la Preysler, no te jode», me encaminé a la calle.

Hacia un día estupendo que se estropeó en cuanto, nada más salir del portal, le di sin querer una patada al caniche de mi vecina, el mismo que siempre está a la puerta del edificio ladrando a todo el que pasa. ¿Sus dueños? También están perennes en el banco de enfrente, fumando, mientras su hijo pequeño se hace una brecha día sí día también en el parque y el mayor soborna a los más débiles en el colegio de enfrente.

Con la patada, el caniche, que no esperaba subir tan alto sin ascensor, empezó a llorar lastimeramente con las patitas zigzagueantes en el aire. Como vi que su dueña tiraba el cigarro y lo apagaba con ademán chulesco mientras me miraba muy malamente, opté por tomar el camino contrario al previsto, para no tener que pasar por su lado, y tuve que dar la vuelta a la manzana y tardar 20 minutos más en hacer el recorrido hasta las oficinas del paro.

Si el día ha empezado mal, lo que ha seguido no ha sido mejor. Al llegar a las oficinas del INEM, me encuentro con una fila de personas de todas las razas, tallas y edades, todos unidos por lo mismo: ¡no tenemos trabajo!

Según llegué, empecé a marearme. Al principio pensé que era por la depresión de lo inevitable, al verme sin trabajo, sin dinero y sin valía profesional alguna, pero luego

.....

vi a una petarda que fumaba tranquilamente pese a estar sentada justo, justo, delante del cartel que prohibía fumar en toda la oficina. Claro que ella estaba detrás de la hilera de mesas, es decir, trabajaba allí, con lo que imaginé toda una serie de situaciones en las que la maleducada señora sería capaz de regañarte si fumaras igual que ella.

Mi mareo aumentó al levantar la vista al techo en el típico resoplido de qué-harta-estoy-de-la-gente y descubrir que la cola de gente donde me encontraba se denominaba de forma genérica «Demanda de empleo». Véase cómo se machaca al trabajador en todas las oficinas del paro. Demanda de empleo. ¿Por qué ponen demanda y no oferta? ¿No sería más optimista? ¿No es lo que cualquiera quiere oír cuando va a buscar trabajo? Demanda implica: «acumularemos aquí tu petición de empleo, gracias». Sin embargo, Oferta es más bien algo así como: «eh, chica, déjanos la petición y verás cómo hacemos algo». Aunque lo segundo sea mentira cochina, ¡qué más da! Animaría más al personal.

Hasta el incidente del caniche, aquel día había salido muy optimista de casa. Al fin y al cabo era MI PRIMER DÍA DE BÚSQUEDA DE EMPLEO, de modo que me aproximé al señor tras el primer mostrador para proponerle el cambio de denominación tan estupendo que se me acababa de ocurrir. Ya me veía apareciendo en las noticias dentro de un par de meses y siendo presentada como «la mujer que cambió la cara al paro». Fijate, hasta tiene sonoridad. Por supuesto, mis declaraciones serían de lo más modesto: «No es nada, gracias, no fue más que una ocurrencia ingeniosa. La labor que hay que destacar es la de los empleados de estas oficinas, que pese a tratar diariamente con tanta gente, nos siguen recibiendo con una sonrisa». Todo esto lo pensé mientras recorría los pocos metros que me separaban de la mesa más próxima, donde, efectivamente, había un señor la mar de sonriente. Sin embargo, al acercarme más, empecé a oír varias voces a mi alrede-

.....

dor que al principio no entendía muy bien. Poco a poco se volvieron más claras:

Señora. 40 y pico años. Peliteñida. Malvestida: «Peeeeee-roaóndeseceeeeequevaalaniañaésssa. Serápossiiiiiblee, la-maequelaparió».

Chaval. Pocos años pero muy tontos. Aficionado al bacalao: «Joélapivalaostia, macho, serámbécil, paesostoy-yoakísperandokola, kagon»... Lo demás no lo entendí muy bien.

Como cuando quiero soy muy dulce, confié en que el sonriente caballero sentado tras la mesa me comprendiera. Con la típica sonrisa condescendiente hacia la plebe (que, por supuesto, seguía lanzando bufidos de indignación del tipo «y pasa de nosotros, la menda») me acerqué a su mesa, momento en que descubro que está hablando por teléfono.

Huy. Doble huy cuando deja de sonreír al ver a varios *alcorconeros* gritar y a una chica, *alcorconera* como el que más, acercarse a cámara lenta con cara de lela y con pasitos leves, como si las baldosas del suelo fueran a caer al vacío.

El tiempo se ralentizó mientras el tonto-lila del empleado me gritaba: «Ande coño vas, niña, no ves que estoy hablando con mi señora, coño...». Ante tal muestra de conocimiento sobre el órgano genital femenino más nombrado en esta España nuestra, consciente de que mi cara había pasado del rojo al rojísimo, decidí marcharme, no sin antes terminar de cagarla, claro. Con el último resquicio de dignidad que me quedaba —me pongo roja con mucha facilidad y enseguida me bloqueo cuando me pasa— grité: «¡Al menos yo no fumo delante de un cartel en el que dice claramente NO FUMAR, no como la inútil que está sentada a su lado!» Después de tan gloriosa frase, miré a la inútil en cuestión, que también estaba roja, aunque quizá era más un rojo-cabreo que un rojo-vergüenza. Seguro que Valentino sabe a lo que me refiero.

La verdad es que la señora me había puesto muy nerviosa durante el tiempo que había estado esperando en la cola antes de saltarme, según la versión de los energúmenos, las normas del orden más elemental. ¡Si yo solo quería ayudar! El caso es que en todo ese tiempo, la buena mujer no dejó de fumar con mucha ostentación y justo debajo de la señal con la prohibición de darle al *piti*, como decían los de mi instituto. A mí, como no fumadora y, en general, persona respetuosa con los demás, me sientan fatal esos actos de chulería barata y oler humo donde se ha prohibido hacerlo, de ahí mi mosqueo. El rebote aumentó, además, al ver que mis paisanos, en un ejemplo de convivencia, protestaban al ver que me saltaba la cola (¡sin saber por qué lo hacía!) pero no ante la chulería burocrática, que es mucho más perjudicial para sus pulmones.

El de la sonrisa telefónica puso ahora otra mueca, esta vez de mal disimulada satisfacción, para decirme: «Es la directora de este centro, maja». A todos nos jode que nos digan «maja» cuando quieren decir «idiota», pero en este caso el dolor moral era doble.

Tras protagonizar la escena estelar, decidí hacer mutis por el foro soltando un «perdón, perdón» mientras retrocedía de espaldas y pensaba qué disfraz ponerme cuando intentase volver a la oficina del INEM a conseguir la dicha tarjetita...

De vuelta a casa, nuevo rodeo por si seguían en el portal los dueños de la rata... perdón... el caniche, con ganas de camorra.